

triarca que residía en Cartago, donde reemplazaba el primado romano, entonces ya autoridad reconocida por los católicos del Africa, pero por supuesto no por los vándalos. Seguían luego por orden jerárquico los obispos, presbíteros, diáconos y monjes. La autoridad del patriarca debía de ser considerable porque imponía a los mismos reyes. Sábese de un hijo de Genserico que tuvo cerca de su persona un sacerdote de categoría elevada, costumbre tal vez frecuente en las familias ricas y distinguidas. Las persecuciones de los católicos fueron principalmente obra del clero arriano a quien el rey consultaba en todo lo que se rozaba con la cuestión religiosa. El mismo clero era también el ejecutor de la voluntad real en estas materias; y su odio no se limitaba a los católicos sino que comprendía a todos los que disientían de su religión. Por eso expulsó Hunerico del país a los vándalos que se inclinaban al maniqueísmo.

La secta de los donatistas estaba de acuerdo respecto del dogma de la Trinidad con los católicos, según asegura San Agustín, y solo algunos renegaron de él para ganarse las simpatías de los arrianos.

Los reyes vándalos no se fiaban sino de arrianos; y por esta razón exigían de sus súbditos, y sobre todo de sus empleados, como primera prueba de fidelidad su conversión al arrianismo, y se esforzaban en alejar de su corte y puestos oficiales a todos los que rehusaban dar esta prueba que muchos acaso hubieran dado si no hubiesen tenido que someterse a ser bautizados de nuevo, pues la iglesia arriana, como la católica, consideraba este sacramento nulo en sus efectos si no era administrado por sus sacerdotes y según su rito. Pero como los católicos tenían por uno de los mayores pecados la repetición del bautismo, resultó entre ambas poblaciones un abismo perpetuo. Los arrianos recelaban, y no sin fundamento, de los sacerdotes ortodoxos, y los vigilaban con constante y penosa solicitud, sospechando en todos sus actos y en todas partes traición y relaciones ilegales con sus enemigos exteriores. Genserico desterró, por ejemplo, al obispo Félix de Hadrumeto solo porque había tenido alojado en su casa a un sacerdote bizantino. Por su parte sabían los sacerdotes católicos entonces ya desahogar su odio contra sus reyes opresores, herejes y bárbaros designándolos en sus sermones y escritos astutamente con nombres de personajes análogos de la Biblia, como Faraón, Nabucodonosor, Holofernes, etc., estrategia que les prohibió Genserico bajo penas severas. El gran número de obispos desterrados que habían podido retirarse a Constantinopla, Roma y la Galia formó entre tanto un cuerpo unido entre sí y con los enemigos más poderosos de los vándalos, cuerpo que los arrianos no pudieron destruir. Los esfuerzos de la propaganda arriana ya puramente morales, ya de fuerza bruta, no tuvieron nunca un éxito notable, porque en general los católicos de Africa, para eterna gloria suya, mostráronse dignos discípulos de San Agustín; y los casos de apostasía no solo entre los laicos sino también entre el clero, fueron siempre contadas excepciones, aunque hubo algunos hasta entre los mismos obispos, conforme resulta de un documento del papa Félix III, leído

en el concilio celebrado en 3 de marzo de 487 en Roma cabalmente con motivo de estas conversiones al arrianismo ocurridas en Africa. La persecución dió por único resultado positivo y duradero una unión más estrecha entre los obispos y el papa, y su representante en Africa, el primado.

APÉNDICE

LOS ALANOS

Este pueblo, de raza distinta de la germánica, llevaba todavía a últimos del siglo IV su primitiva vida nómada en el país que ocupaba en las estribaciones del Cáucaso hacia el Nordeste. Se componía de muchas tribus, una de las cuales fué sometida por los hunos y se trasladó al deshacerse el imperio oriental a la Mesia Baja, donde se mantuvo señora del país hasta el fin del siglo VI. Jordanis, su historiador, era nieto de un alano llamado Peria que desempeñaba las funciones de secretario en la corte de un rey de su pueblo.

Otra parte de los alanos se agregó a los vándalos y suevos cuando en 406 emprendieron su marcha desde la Panonia hacia la Galia. Allí se separaron los alanos en dos grupos, pasando el uno al servicio romano, en cambio de lo cual le cedió el imperio terrenos a orillas del Loira. Un jefe, príncipe o caudillo de este grupo aliado de los romanos, llamado Goar, elevó al trono imperial en unión con los borgoñones en 412 a Jovino; y a mediados del mismo siglo se mencionan los reyezuelos alanos Sangiban, Eochar y Beorgar. El primero de estos intentó pasarse a las hordas de Atila; pero metido entre visigodos y romanos, le obligaron estos a combatir contra aquellos en el año 451. Los francos no tardaron en acabar con estos reyes alanos y con su pueblo, derrotándolos completamente cerca de Bérgamo en la Italia superior en 462, donde habían penetrado en una de sus excursiones de rapiña, y donde murieron su rey Beorgar y gran parte de sus guerreros.

Las otras tribus alanas que habían seguido unidas a los vándalos y los habían salvado de ser completamente exterminados por los francos cuando el paso del Rin, se trasladaron después con los vándalos y suevos a España, donde les tocó la Lusitania y Cartaya en el reparto del territorio y donde durante algún tiempo se conservaron independientes y aun superiores a los visigodos, con el apoyo de los otros dos pueblos compañeros de emigración, hasta que los visigodos los vencieron definitivamente y mataron a su rey Atax. Entonces dejaron de formar un grupo independiente; prefirieron agregarse a sus antiguos amigos los vándalos a someterse a sus vencedores; y desde esta fecha tituláronse los reyes vándalos, reyes de vándalos y alanos. Ambos pueblos reunidos pasaron al Africa, donde conquistaron y se repartieron el país y juntos fueron vencidos y exterminados por Belisario.

Hace poco tiempo que se encontró cerca de Trieste una copa ó taza de Gelimero, el último rey vándalo, con la inscripción: *Vandalorum et Alanorum rex.*

LIBRO SEGUNDO

LOS OSTROGODOS

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA PRIMITIVA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO OSTROGODO EN ITALIA

Entre todos los pueblos del grupo godo ocupan los ostrogodos por su poderío, su esplendor y la trágica grandeza de su historia uno de los primeros puestos. Procopio los llama simplemente godos, quizá porque solo se trata de ellos en su historia de guerra, en que se hace caso omiso de los visigodos.

La tradición legendaria de este pueblo que le hace salir la primera vez de la Escandinavia y tomar el rumbo del Sudeste nos parece tan desprovista de fundamento como la pretendida afinidad de su nombre con el de los gautos suecos, que es puramente accidental. Los eruditos escandinavos siguen creyendo sin embargo que al emigrar del Asia tomaron la ruta por el Norte de Rusia hasta llegar directamente a la Escandinavia, desde donde se extendieron parcialmente hasta las costas alemanas del Báltico, y que de consiguiente los gautos son idénticos a los godos.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que los pueblos que bajo el nombre colectivo de gtones ocupaban la orilla derecha del Vístula, y entre los cuales iban ciertamente comprendidos los ostrogodos, retrocedieron (próximamente a mediados del siglo II, pues que poco antes Tolomeo los señala establecidos todavía a orillas del Vístula) en dirección Sudeste, llegando paso a paso hasta el mar Negro, en cuyas costas los combatió ya bajo el nombre de godos el emperador Caracalla a principios del siglo III, pues que este emperador murió en el año 217.

Imposible es indagar dónde y cuándo empezaron a llamarse ostrogodos ó sea godos orientales en oposición a los visigodos ó godos occidentales; pero lo cierto es que diferentes autores nos los presentan establecidos al Este de sus afines, y la división en orientales y occidentales puede haber ya tenido su motivo, lo mismo en Asia, antes de su emigración, que en la cuenca del Vístula ó después en la desembocadura del Danubio. Lo más probable es que naciese en este último país, ocupado por ambas ramas desde el citado río y las vertientes del Sudoeste del Cáucaso hasta el río Don. Allí se compone la parte oriental de páramos y arenales que quizás dieron a la rama oriental u ostrogoda el nombre de greutingos (de *griut*, *gries* que significa arena); y la occidental, cubierta entonces y todavía hoy en parte, de espesas selvas, explicaría a su vez el nombre de tervingos (de *triu*, árbol) con que se designaban también los visigodos. Trebelio Polion distingue ya entre los godos los greutingos, es decir, austrogodos, y los tervingos; y Claudiano los llama ostrogodos. El mismo nombre del rey Ostrogotha que este autor cita, prueba que el pueblo se llamaba así ya desde mucho tiempo. El nombre de los visigodos aparece mucho más tarde, primero en los escritos de Sidonio Apolinar que de *vesus* los llama abreviadamente *visi*. El nombre de *visigothi* no se encuentra sino en las obras de Casiodoro y de Procopio. Los escritores griegos

y latinos de aquella época confundieron también los godos cuando los encontraron por primera vez a orillas del mar Negro con los getas, a cuyo error les indujeron la semejanza de estos nombres y la contigüidad de ambos pueblos. También los designaban con el nombre de escitas, que en aquel tiempo se aplicaba a todos los pueblos desconocidos del Nordeste.

El gobierno de Alejandro Severo, que reinó desde 222 hasta 235, pagaba a los ostrogodos anualidades para guardar y defender las fronteras, pero en 238 reinando Máximo y Balbino se sucedieron sin interrupción las invasiones de los godos, que los autores romanos comprenden bajo el nombre de guerra escita. En el reinado de Gordiano (243), que se titulaba «vencedor de los godos» se cita a un rey Arguntis de raza escita como jefe de los enemigos, que quizás sea idéntico al jefe Argait, que junto con otro llamado Gundérico pasó el Danubio y devastó desde 244 hasta 249, por orden del rey Ostrogotha, la Mesia y la Tracia. Este último es el primer rey histórico de los ostrogodos cuyo nombre llevaba, y el primero de la familia de los Amalos ó amalungos (de *amb*, esforzarse, de modo que el nombre significaba varones esforzados). Sus ascendientes son al parecer más bien creaciones míticas que personas reales y verdaderas. Declaróse este rey enemigo del imperio por no haberle pagado las anualidades estipuladas, y venció también al rey de los gépidos, pueblo limítrofe y de la misma raza, porque quiso apoderarse a la fuerza de varios terrenos fronterizos. Su sucesor, Kniva, descendiente de otra familia distinta, mandó un ejército a la Mesia, quedándole aun otro para hacer frente al emperador Decio, al cual derrotó y mató en noviembre de 251 cerca de Abrito. Su sucesor Galo, que reinó de 251 a 253, trató en vano de hacer la paz ofreciendo nuevas anualidades; los godos habían conocido la debilidad creciente del imperio, lo cual unido al aumento rapidísimo de la población, a consecuencia de la vida fija a que les obligaba el espacio limitado que ocupaban, provocó una serie de invasiones por tierra y mar en las provincias romanas orientales, que solo alguna vez se interrumpieron por corto tiempo. El pueblo ostrogodo, que después se mostró tan poco marino, armaba en aquel período innumerables buques piratas, que no todos podían ser apresados por los romanos. Esto demuestra el grado muy adelantado de inteligencia y el gran poderío a que había llegado; poderío que hacía sentir en sus temerarias correrías a todas las islas y costas del imperio. Aliábanse con los ostrogodos en estas depredaciones otras hordas, ya de raza germánica, como los hérulos y peucinos que eran quizás godos de la isla de Peuce en el Danubio, ya de procedencia distinta, como los boranos y carpos. En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, desde 255 hasta 268, sufrieron diferentes provincias cinco invasiones ostrogodas.

Los boranos fueron los que primero, y probablemente sin el auxilio de los godos, atravesaron ó costearon el mar Negro en dirección al Este, y conquistaron y saquearon a Trebisonda y Píto; después dirigiéronse hordas compuestas de varios pueblos bárbaros hacia Bizancio, asaltaron a Calce-